Hojas de hierba de Walt Whitman.

Material didáctico para Educación Secundaria.

María Isabel Alegría Bocio

María González García

Emilia Morote Peñalver

Si el término "Romanticismo" no acaba de encajar en la literatura norteamericana de la época correspondiente, más difícil aún es etiquetar como "realismo" su modo narrativo en el momento en que en Europa florece el planteamiento literario que ostenta típicamente ese nombre. Lo que importa, en cambio, es que desde la década de 1830 a la de 1890 florecen en Estados Unidos los escritores que valdrán como clásicos nacionales para el siglo XX.

Atendiendo a esta consideración, los críticos parecen ponerse de acuerdo en no dividir a los autores de esa época según aquellas dos grandes referencias y presentarlos unidos en lo que hoy se llama "edad dorada" de la literatura de Estados Unidos; no "siglo de oro" porque cabe en poco más de sesenta años. La línea central de esa literatura y, en general, del espíritu de entonces, de lo que se llamó "Romanticismo en terreno puritano", es el transcendencialismo de Emerson. Realmente, poetas propiamente románticos apenas los hay.

El transcendentalimismo emersionano encontraría su transfiguración poética en la obra del poeta Walt Whitman (1819-1892), nacido en Long Island, la "isla larga" a la que él dará en sus versos el nombre indio de Paumanok. Para algunos estudiosos, hasta la publicación de *Hojas de Hierba* en 1855, resulta cuestionable hablar, en puridad, de poesía norteamericana, al considerar que la poesía producida en ese país casi no es otra cosa que la de Inglaterra trasplantada al suelo de América. Para ellos, Poe, Whittier o Longfellow fueron, sin duda, poeta norteamericanos, pero sólo por el accidente de su nacimiento: sus odas y sonetos y baladas reflejan tan poco el ambiente físico de su vasto y maravilloso país como los sentimientos de su pueblo.

Como ya hemos dicho, en 1855 Whitman publica en su propia imprenta, mil ejemplares de su colección –entonces de doce poemas- *Hojas de Hierba (Leaves of Grass)*,

precedida por un tremendo prólogo, retórico y egolátrico para algunos, y ostentando, en vez del nombre del autor, un retrato de éste en la portada, barbudo, con la camisa desbrochada, el sombrero ladeado y los brazos en actitud desafiante. Entre esos doce poemas estaba ya el *Canto a mí mismo (Song of myself,* (visión de un "yo" simbólico, presa de una sensualidad que le hace amar a todas las gentes con las que se va encontrando), y algunos de los que más chocarían con la moral vigente. En ese prefacio, el autor saludaba el advenimiento de una nueva literatura democrática –acorde con el pueblo- sencilla e irreductible, escrita por un nuevo tipo de poeta afectuoso, potente y heroico, que conduciría a los lectores a través de la poesía con la fuerza de su magnética personalidad. Whitman pasó el resto de su vida intentando aproximarse a ese modelo de poeta.

Walt Whitman envió ejemplares de su obra a muchos de los intelectuales conocidos de la época:: las reacciones fueron de sorpresa ante aquella voz tan original, en amplios versículos vagamente bíblicos. Unos arrojaron su ejemplar al fuego; otros, como Emily Dickinson, se asustaron ante el atlético impudor de ciertos versos, y hubo quien calificó el libro como una mezcla de transcendentalismo *yankee* y de chulería neoyorquina, indecisos sobre si enjuiciar como tosca o elevada, como superficial o profunda, aquella especie de prosa emocionada, rota en versos que no intentaban medida, con unas palabras que no eran de recibo entre la gente bien educada. La "Sociedad para la supresión del Vicio", exigió que se destruyera hasta el original del libro, alegando que contenía pasajes inmorales e indecentes.

De entre todos, solamente Emerson se sintió tocado al recibir su ejemplar. Él había publicado un ensayo, *El poeta*, en el que soñaba cómo debería ser el gran bardo de Norteamérica. Entonces, ante *Hojas de Hierba*, creyó que su sueño estaba cumplido y escribió a Whitman, feliz de verle "en el comienzo de una gran carrera". Animado por esta carta personal de felicitación, el poeta estadounidense se apresura a preparar una nueva edición en 1856, de la que el poema más significativo es *En el transbordador de Brooklyn*, en el cual el autor reúne a todos sus lectores del pasado y del futuro. En la tercera edición encontramos *La cuna que se mece sin fin*, poema alegórico en el que un pájaro –la voz de la naturaleza- revela a un niño –el futuro poeta-, el significado de la muerte. En esta edición aparecieron dos nuevos ciclos de poema *Hijos de Adán* y *Calamus*, que afrontan de lleno los temas de la amistad y la sexualidad, hasta el punto que se ha especulado con la posibilidad de que *Calamo* estuviera inspirada en una relación homosexual del autor.

En *Redobles de tambor*, vemos reflejada la preocupación del poeta por las consecuencias de la Guerra Civil estadounidense. Su poema, quizás, más conocido *¡Oh capitán,mi capitán!*, es una gran elegía al asesinado presidente Abraham Lincoln.

Nadie parece hoy negar que la aparición de *Hojas de Hierba* marca un antes y un después en la literatura norteamericana. Con Whitman y su obra, nace el poeta de la cercanía, el poeta cantor de la democracia, pero no entendida como sistema político al uso, sino como ruptura de las jerarquías tradicionales, de las jerarquías morales. En *Canto a mí mismo*, asistimos a la presentación no del Walt Whitman autor, sino de otro Walt Whitman que para algún poeta inglés (Lascelles Abercrombie) es "una de las pocas cosas grandes de la literatura moderna: la figura de él mismo". También Borges hace una radical separación entre Whitman, hombre de letras y Whitman héroe semidivino de *Leaves of Grass*, como don Quijote lo es del *Quijote*.

La mirada de Whitman, el poeta, lo capta todo y todo forma parte de un conjunto que no excluye el "yo" y que es el gran protagonista de esta poesía plural, que parece necesitar el grito como herramienta que despierte la consciencia, con un tono exclamativo que apela continuamente al lector a que lo acompañe. Esta "Epopeya de la democracia", crea una nueva fe que , esta vez, no confía su destino al héroe, sino por el contrario al hombre corriente, por lo que ahora, el héroe es tan plural como colosal al estar conformado por innumerables "yoes".

Cuando Whitman se refiere a la naturaleza, nos ofrece una profunda sensación de Paraíso recobrado, de realidad inédita en la que todo comienza y en la que, por tanto, todavía es posible la inocencia. La fuerza de la poesía del norteamericano se despliega en un estilo enumerativo; el catálogo, la nómina, el censo aparecen como método imprescindible, axial de su logro, y es uno de los elementos que más contribuyó a cambiar el modo de hacer poesía. Significativamente, el más decidido aprovechamiento de la lección whitmaniana, con su estilo aparentemente caótico, versicular, tendría lugar en nuestra lengua a través del modernismo hispanoamericano.

Como afirmaba Juan Ramón Jiménez, Whitman llegó a las letras hispanas vehiculado por las crónicas que enviaba José Martí desde su destierro neoyorquino, y su influencia fue imparable. Rubén Darío, Salinas, Aleixandre, el joven Neruda (que en algún poema lo llamó "innumerable, como los cereales"), Borges (que tradujo parte de su obra) o Federico García Lorca (su *Poeta en Nueva York* es un homenaje al americano), son algunos de la larga lista de autores que se dejaron prender en la fuerza de la renovadora poética del hombre que ha cantado como pocos el cuerpo humano y el goce de los sentidos, del hombre que proclamaba que nada, ni Dios, es más grande que uno mismo.

CANTO A MÍ MISMO

1

Me celebro y me canto,

Y aquello que yo me apropio habrás de apropiarte,

Porque todos los átomos que me pertenecen también te pertenecen.

Me entrego al ocio y agasajo a mi alma;

Me tiendo a mis anchas a observar un tallo de hierba veraniega.

Mi lengua, todos los átomos de mi sangre, formados de esta tierra y de este aire,

Nacido aquí de padres que nacieron aquí, lo mismo que sus padres:

A los treinta y siete años de edad, con la salud perfecta, empiezo,

Y espero no cesar hasta la muerte.

Dejo a las sectas y a las escuelas en suspenso,

Me retiro un momento, satisfecho de lo que son, pero no las olvido,

Soy puerto para el bien y para el mal, les permito hablar a todos arrostrando todos los peligros,

Naturaleza sin freno, con energía primigenia.

2

(Fragmento)

¿Te has vanagloriado de penetrar el significado de los poemas?

Acompáñame este día y esta noche y poseerás el origen de todos los poemas.

Poseerás lo bueno de la tierra y del sol (sobran millones de soles),

No aceptarás ya las cosas de segunda o tercera mano, ni verás con los ojos de los muertos, ni te nutrirás de los espectros de los libros,

Ni verás con mis ojos tampoco, ni aceptarás las cosas que yo he aceptado:

Escucharás todas las opiniones y las filtrarás a través de ti mismo.

6

(Fragmento)

Me preguntó un niño: “¿Qué es la hierba?”, trayéndomela a manos llenas;

¿Cómo podría responderle? Tampoco sé yo qué es la hierba.

Sospecho que es el emblema de mi temperamento, tejido con la verdura de la esperanza.

O imagino que es el pañuelo de Dios (…)

O creo que es un jeroglífico uniforme,

Que significa: Crezco igualmente en las regiones vastas y en las regiones estrechas,

Crezco igualmente en medio de la raza negra y de la raza blanca,

Al canadiense, al piel roja, a todos me entrego y a todos los acepto (…)

20

(Fragmento)

(…) ¿Por qué he de orar? ¿Por qué he de reverenciar y de ser ceremonioso?

Después de haber escudriñado y analizado los más recónditos entresijos, después de haber consultado a los doctos y calculado prolijamente,

No encuentro grasa más gustosa que la que rodea a mis propios huesos.

Me veo en todos los hombres, y ninguno es más ni menos que yo,

Y lo bueno y lo malo que de mí digo, lo digo de ellos.

21

(Fragmento)

Soy el poeta del Cuerpo y soy el poeta del Alma,

Y digo que tan admirable es ser mujer como ser hombre,

Los placeres del cielo están conmigo y los dolores del infierno están conmigo,

Injerto y multiplico los placeres en mi ser, traduzco los dolores a una lengua nueva.

Soy el poeta de la mujer y soy el poeta del hombre,

Y digo que tan admirable es ser mujer como ser hombre,

Y digo que nada hay más admirable que la madre de los hombres

(...) Yo muestro que el tamaño no es más que crecimiento.

(...) Yo soy aquel que camina con la noche tierna y fecunda,

Invoco a la tierra y al mar que la noche abraza.

¡Estréchame contra tu pecho desnudo - estréchame, noche magnética y nutricia!,

Soplan en ti los vientos del sur - brillan en ti algunas estrellas inmensas!

Noche tranquila, me llamas - noche estival ebria y desnuda!

¡Sonríe, tierra voluptuosa de fresco aliento!,

¡Tierra de los árboles dormidos! (…)

24

(Fragmento)

Walt Whitman, un cosmos, el hijo de Manhattan,

Turbulento, carnal, sensual, comedor, bebedor y procreador,

Ni sentimental, ni erguido por encima de los hombre y mujeres, ni alejado de ellos,

Ni modesto ni inmodesto.

¡Arrancad los cerrojos de las puertas!

¡Arrancad las puertas mismas de sus quicios!

Quien degrada a otros me degrada a mí,

Y todo lo que se dice o se hace vuelve al fin a mí.

A través de mi ser la inspiración divina se agita y se agita, a través de mi ser la corriente y el índice.

Pronuncio la palabra prístina, hago el signo de la democracia.

(...)Brotan de mí muchas voces largo tiempo mudas,

Voces de interminables generaciones de prisioneros y esclavos,

Voces de los enfermos y desesperados, de los ladrones y los enanos

(…)De los hilos que unen a los astros, de los úteros y de la simiente paterna,

Y de los derechos de aquellos a quienes los otros pisotean,

De los seres deformes, vulgares, simples, locos, despreciados,

(…) Yo no me cubro la boca con la mano,

Me conservo tan puro en mis entrañas como en mi cabeza y en mi corazón.

La cópula carnal no es para mí más vergonzosa que la muerte.

Creo en la carne y en los apetitos (…)

25

(Fragmento)

(…) La felicidad (que todos los hombres y mujeres que me oyen salgan hoy mismo a buscarla).

(…) Abarca los mundos, pero no intentes nunca abarcarme a mí

(…) La escritura y la palabra no me revelan,

Llevo en mi rostro la plenitud de mi revelación

Y confundo al escéptico con mis labios silenciosos.

32

(Fragmento)

Me parece que yo podría vivir con los animales: son tan plácidos y retraídos,

Me detengo a contemplarlos largamente,

No protestan, no se quejan de su situación,

No andan desvelados en la obscuridad ni lloran por sus pecados,

No me exasperan hablándome de sus deberes para con Dios,

No hay ninguno que no esté satisfecho, no hay ninguno que esté poseso de la manía de poseer,

No hay ninguno que se prosterne ante otro, ni ante los otros de su especie que vivieron hace miles de años (…)

48

(Fragmento)

He dicho que el alma no vale más que el cuerpo,

Y he dicho que el cuerpo no vale más que el alma,

Y que nada, ni Dios, es más grande que uno mismo,

Y quien camina una legua sin amor, camina a su propio entierro envuelto en su sudario,

Y tú, o yo, que no tenemos ni un céntimo, podemos comprar lo más preciado de la tierra,

Y el destello de unos ojos o el guisante en su vaina, humillan a la sabiduría de todas las épocas,

Y no hay oficio ni ocupación en los cuales el joven que los sigue no pueda ser un héroe (…)

51

(Fragmento)

(…) ¿Me contradigo?

Pues bien, me contradigo

(Soy inmenso, contengo multitudes) (…)